
Aciertos y retos del PT: ¿a qué se enfrenta el nuevo gobierno de Lula?

Por: Ariel Pazos Ortiz
02/01/2023



Brasil es considerado como la octava economía más grande del planeta.

Es el mayor productor mundial de café, caña de azúcar y naranjas, y uno de los mayores de soja. Es el cuarto mayor exportador de madera. Atrae a muchos grupos multinacionales en las industrias de alimentos y biocombustibles.

Posee otros recursos naturales como cristal, cuarzo, diamante, cobre, oro, titanio, grafito, zinc y mercurio. No obstante las potencialidades de desarrollo económico, es un país en extremo desigual. En él hay más pobres que habitantes en España o Argentina. Al analizar sus distintas regiones se percibe, por ejemplo, cómo el Nordeste constituye un gran polo de precariedad.

Para 2017, Hugo Tomazeti, profesor de la Universidad Loyola Andalucía, indicaba que el Gigante Sudamericano cuenta con 39 partidos políticos con representatividad en el Congreso Nacional y que desde la redemocratización de 1988 ninguno consiguió gobernar sin aliarse a otros.

Tras su llegada al poder en 2003, el Partido de los Trabajadores (PT) procuró una estabilización macroeconómica y una contención al neoliberalismo. Políticas sociales del tipo Bolsa Familia favorecieron la disminución de la pobreza en zonas como el Nordeste.

Reducción de la inflación, disminución de la deuda externa y aumento del crecimiento económico fueron características del primer gobierno de Lula da Silva, mientras que en su segundo mandato se adoptaron medidas para reducir los efectos negativos de la crisis económica internacional iniciada en 2008, según se lee en el libro titulado 10 anos de governos pós-neoliberais no Brasil.

Un artículo de BBC Mundo reseñaba en 2010 que Lula, al concluir su gestión, dejaba el Estado con menos pobres, más empleos y una de las economías emergentes más prometedoras. De hecho, el país llegó a ser miembro fundador del grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). En cambio, sus detractores aludieron entonces

problemas de narcotráfico y violencia, así como excesos en el gasto público destinado a obras sociales.

Sucesora de Lula, Dilma Rousseff, tomó posesión como la primera mujer presidenta el 1 de enero de 2011 para ofrecer la continuidad, con refuerzo en lo social, de un modelo de crecimiento sostenible e inclusivo que conciliaba con la estabilidad financiera, el clima pro mercado y las políticas distributivas.

Recostada en la amplia mayoría parlamentaria que le brindaban los 11 partidos de su coalición, y deseosa de demostrar que ella era una mandataria por méritos propios, con visión y autoridad, sus primeros pasos estuvieron encaminados a erradicar la pobreza extrema.

Una publicación del Observatorio de la Economía Latinoamericana sostiene que entre los primeros objetivos que Rousseff dio a conocer aparecían: fortalecer la democracia; dar continuidad al proyecto nacional de desarrollo; erradicar la pobreza absoluta; garantizar la educación; defender la soberanía nacional; y universalizar la salud.

En esa dirección, en agosto de 2012 promulgó una ley contra la desigualdad social. Entre otras iniciativas, reservó, según reportes de prensa, la mitad de las matrículas de universidades federales para egresados de liceos públicos (negros, mulatos, indígenas y pobres), lo que permitió a miles de jóvenes de origen humilde acceder a la educación superior.

A pesar de la labor del PT en el gobierno federal, Brasil siguió siendo uno de los países más desiguales del mundo. Desde la llegada de Michel Temer a la presidencia tras el golpe parlamentario a Rousseff en 2016, la situación, tanto económica como social, se agravó a causa de la agenda neoliberal impulsada por Temer. La realidad se hizo más cruda en el periodo presidencial del ultraderechista Jair Bolsonaro.

En lo adelante, el nuevo gobierno de Lula se enfrentará al legado de la derecha en el poder. Deberá revertir los retrocesos en materia social y ecológica de los últimos años. Su gestión no será fácil.
